

Paulina Lavista

La mirada y el instante

Anamari Gomís

Paulina Lavista inauguró una exposición de fotografía titulada *Momentos dados* en junio, en el Museo Casa del Risco del Centro Cultural Isidro Fabela. Hacía nueve años no se habían reunido fotografías suyas en una galería. Algunas instantáneas ya conocidas, entre varias muy recientes, las montó, esta vez, en homenaje a su marido, el escritor Salvador Elizondo, muerto en 2006.

Para Paulina Lavista, como para muchos fotógrafos, entre ellos Henri Cartier-Bresson, el acto de la mirada y el instante efímero producen el arte de la fotografía: descubrir la postura de una persona, su sometimiento a la cámara o, al contrario, su desatención ante ella; un haz de luz que se va difuminando sin que otro, que no es el fotógrafo, lo advierta antes; el volumen conseguido, la cadencia de un conjunto de seres humanos o de cosas, el tiempo detenido. Se trata, pues, de una fracción decisiva, de un momento preciso. De no pulsar el botón que acciona la fotografía, se perderá para siempre el “momento dado”.

Veo la foto de la actriz Ofelia Medina, tomada en 1974, en su camerino del Teatro Blanquita y se le nota cansancio, una renuncia corporal que la convierte en una muñeca, la muñeca reina. No hay otro mundo que el que allí se expone. En cambio, la imagen de la niña en la Avenida División del Norte (2001), en la que la pequeña posa de manera inocente, repite sin saberlo la “convulsión” de la enorme flor del mural en mosaico que se encuentra tras de ella. Esta niña, sin saberlo, se ha sexualizado como la Lolita de Nabokov.

También, como escribió Fernando Gamboa en 1981: “El ojo de Paulina Lavista descubre mundos e inventa mundos”. Su serie de fototextos, en los que el disparador de su cámara concibe una historia, como el hombre en el ferrocarril de Peruggia, Italia, que no puede solo con su equipaje. Esto nada más se manifestaba pa-

ra la fotografía, porque nadie, en la estación de trenes, se dio cuenta o se acomió para ayudarlo. En ese seguir las complicaciones del viajero con sus maletas, Lavista ha construido una pequeña trama.



Paulina Lavista, autorretrato

En la foto extraordinaria de “Melisandra”, mujer mítica de la cultura anglosajona, de pelo muy largo, Paulina arrastra diferentes texturas en una foto en blanco y negro, como son todas las que ha incluido en la exposición. La corteza del árbol, el césped y la cabellera de Melisandra forman una graduación de tejidos, de granos que la cámara distribuye, de tal manera que parece una pintura. Sí, la instantánea se tomó en un momento dado, en que sólo la mirada de “la de la vista”, como llama José de la Colina en su libro *Personerío* a la fotografía en cuestión, pudo advertir semejantes “tejidos”.

“La celestial”, realidad que se manifestó sólo para el ojo avezado, es una composición “dada”. Tres monjas colocaron a una virgen santísima, con su Cristo muerto en la acera de una calle, entre dos árboles, rodeado el suceso de flores. ¿Qué pretendían esas religiosas con aquella representación? Entretanto, ramas y hojas se proyectan como sombras en un muro blanco y en la vía, y así se unen al tinglado donde se encuentra la Dolorosa.

De allí, paso a una fotografía que evoca a Matisse y su pintura *La danza*, en la que un pequeño grupo de mujeres baila al desnudo. En la instantánea de Lavista se trata de una foto intitulada *Ronda de la primavera*. Cuatro jóvenes adolescentes, casi niños, están desnudos dentro del agua, que apenas les cubre, a tres de ellos, las pantorrillas. El cuarto debe haberse subido a una piedra, que le permite llevar la batuta con su brazo estirado sin que el estuario, o lo que fuera, le tape los pies. Por los ademanes de cada uno, se puede advertir lo que ocurre: uno que ordena, el que recibe el mandato o lo contrarresta y el que invita a zambullirse al que no lo desea. El ritmo y la profundidad resultan magníficos.

Muchas veces me he preguntado cómo mira el fotógrafo, qué es lo que le despierta una colisión de luces, la expresión espontánea de alguien, o el acoplamiento de un grupo de gente o de cosas. Allí está el talento, justamente en esa mirada que los demás no tenemos.

Como Henri Cartier-Bresson, su maestro por elección y a distancia, la calle y su acontecer usual o inusual despiertan el aliciente en Paulina Lavista. Lo cotidiano y aquello que sobresalta lo cotidiano es lo que ella persigue. Quién, si no ella, para detener en el tiempo en Bacalar, Quintana Roo, en una sastrería destartada, de madera y techo de aluminio, que se llama *La elegancia*. Con gran experiencia, nos conduce a estacionar la mirada en una madre que pasa su pelo detrás de la oreja, coqueta, mientras el pequeño hijo desnudo se encuentra a su lado. Ambos, en un movimiento fugaz pero definitivo para la vista, impostan una ondulación de los cuerpos, una composición que no se detiene.

Muchos de los retratos me emocionan, como cuando Juan Rulfo, desprevenido, frota un fósforo para encender el cigarrillo que ya sostiene entre los labios. Ves-

tido de traje, elegante, apenas se asoman unos anteojos en uno de los bolsillos del saco. Nada ni nadie lo estorba, como si no supiera que la cámara de Paulina Lavista se encuentra frente a él.

Otro es el de un muy joven Francisco Toledo, entretenido con algo que lleva en las manos, destacan el blanco color de su camisa y su piel morena. La inclinación de la cabeza, el perfil que llena la foto lo transforman en un *rock star* o en un James Dean oaxaqueño.

En el lenguaje plástico visual de la fotografía, el temperamento de muchos personajes conocidos queda almacenado, como el rostro escrutador de Carlos Fuentes; la mirada de Manuel Álvarez Bravo que se dirige con gentileza hacia un punto que ya no entra en la fotografía; la del grafógrafo, en que Salvador Elizondo revisa, junto a un balcón, sus páginas escritas, con la mano y pluma en alto, lo cual sombrea parte de la hoja y la escritura, mientras en la calle una madre pasea a sus hijos en una carriola doble y se enuncian algunos árboles, otras personas que pasan.

En los autorretratos reside no el paso del tiempo sino la formación del carácter. De la Paulina de 1979 que fija dulcemente los ojos en su propia cámara a la Paulina actual, a la que surge de un espejo, abre una puerta y su brazo predomina como en el del autorretrato de Siquieros, *El coronelazo*, hay una galaxia de diferencia. La composición de la foto está plena de vigor, de conocimiento. La belleza mana del brío.

Podría atajar todas las fotografías de *Momentos dados* para intentar describirlas, cuando ya la lente ha hecho de cada una de ellas un complejo juego de luces, de volumen, de ritmo y de texturas. Escojo, sin embargo, tres instantáneas más, por el placer de verlas de nuevo y de detallarlas.

Una es *Los patinadores*, tomada en Nueva York, y que produce el contraste perfecto del negro y el blanco. Las figuras en vestimenta oscura se desplazan en un tablero de hielo. De haberla visto, Alain Resnais la hubiera utilizado en alguna de sus películas.

En la segunda una chiquita da vueltas sin parar; es la captura de la moción, de la movilidad que queda en perenne oscilación con *La niña girando*, notable fotografía de una danzarina.

La tercera acomete geometrías y profundidades; se trata de la foto de un hombre de traje negro, visto de espaldas, que observa todo un pueblo colombiano de calles cuesta arriba, con sus casas montadas en un barranco y que contiene un gran efecto de proporción. Atrás del personaje, además, del lado izquierdo, un montículo de tierra causa una textura insólita.

Momentos dados es, sin duda, la omnipresencia de las imágenes, como llamó Susan Sontag al imperio de la fotografía, que es el país donde siempre ha habitado Paulina Lavista.